

CUESTIÓN DE TIEMPO

Igual ya no me ilusiona tanto como antes que él siga haciendo la paella todos los domingos, quizá estaría mejor que, el Máster Chef de la *bajoqueta* y el *garrofó*, el purista, el defensor de lo auténtico, el azote de los que cocinan arroz-con-cosas, también hiciese las lentejas viudas de los lunes o los macarrones a la boloñesa de los miércoles, por ejemplo, que ya me parezco a mi abuela o a mi madre, que todavía no han acabado de comer y ya están pensando y preguntado que qué cocinan mañana, a lo mejor deberíamos dividirnos la semana, que después de la cena me toca a mí siempre preparar la comida del día siguiente, para que cuando volvamos los dos de trabajar solamente tengamos que calentar los platos en el microondas, o también podríamos los sábados ponernos hombro con hombro y cocinar para toda la semana, y luego guardar todo en táperes, y luego a congelar y a descongelar cuando toque, que hay un montón de páginas en Internet que te eligen un menú y te explican cómo hacerlo en pocas horas, paso por paso, con todo tipo de trucos para ahorrar tiempo, y menos mal que los niños se quedan al comedor, que si no sería otro quebradero de cabeza, y mira que me costó convencerlo, ¡menuda discusión tuvimos!, que parece que sólo le duela el dinero que no se gasta para cosas suyas, y no me vale lo de que él ponga y quite la mesa, ¡faltaría más!, que eso no tiene nada de creativo ni te quita tiempo, que en dos minutos pones los platos y los cubiertos, las servilletas, el pan y el agua, y tampoco me deslumbra cuando alguna vez se sube las mangas de la camisa y se pone a fregar, que tampoco es que salga de él, que solamente se aplica cuando yo me quejo, que tengo que repetírselo como si fuese un crío, que a todo el mundo nos gusta pasar de la mesa al sofá recién comidos, y echar una cabezadita, que con el estómago lleno a nadie le apetece estar de pie, todo lo contrario, el cuerpo te pide reposo, aunque sean veinte minutos, desconectando de todo,

porque si me pongo a pensar en el montón de ropa que tengo por planchar me deprimó, con lo poco que me gusta la plancha, y casi todo camisas de él, y es que los hombres que no hacen absolutamente nada casi no se diferencian de los que hacen poco; los primeros leen el periódico o ven la tele, a veces hacen como que trabajan en el ordenador, mientras tienen abiertas varias páginas de prensa deportiva, suelen sestear y de vez en cuando hacen gala de su autoridad paterna con los hijos para que nadie olvide quién lleva los pantalones, quién manda aquí; los segundos ayudan sobre todo en la cocina, pero sin pasarse, y necesitan un pinche que vaya detrás fregándoles lo que ensucian o buscándoles los ingredientes en el frigorífico y en la despensa, y después de haber comido te preguntan varias veces si la comida ha estado buena, para que reafirmes sus dotes culinarias, para regalarles los oídos, y para de contar, porque son tan alérgicos a la limpieza como los del primer grupo, el de los que no pega un palo al agua, como si a las mujeres el olor a lejía y amoníaco nos pusiese cachondas, y si alguna vez cuelgan un cuadro en la pared no desaprovecharán cualquier ocasión para alardear de sus habilidades con el bricolaje, al final no sabes a cuál de las dos clases de hombres soportas mejor, y siempre te pasas la vida añorando el advenimiento de ese tercer tipo de varón corresponsable en el trabajo de la casa, como quien espera la llegada del Mesías, a veces me pregunto por qué me tuve que casar, ¡con lo bien que viven las mujeres solteras!, sin ir más lejos mi cuñada, que ha podido dedicar el triple de tiempo que yo a su carrera profesional y aún le sobra para sus viajes, que hasta se ha comprado un mapa para señalar todos los países que visita, como hace la gente joven, y cuando vas de visita a su casa la tiene impecable, porque una persona sola no ensucia, no se le acumula el polvo, no se tiene que preocupar de cocinar para nadie que no sea ella misma o si invita a alguien excepcionalmente, no tiene que bañar a los niños, ni hacer grandes compras, ni ir a las reuniones del colegio, que no sé por qué cambiaron las

siglas y pasó de denominarse APA a AMPA, que suena como organización criminal pero sin hache, como una palabra con falta de ortografía, que puestos a cambiar tenían que haber optado por AMA, Asociación de Madres de Alumnos (y de paso de Alumnas), porque cada vez que hay una reunión la presencia de los padres es exótica entre tanta mujer, y ¿sería mucho pedir que no tuviese que ser yo la que siempre pide permiso para llevar a mis hijos al pediatra?, ¿acaso mi trabajo no es tan importante como el suyo?, si no lo hace por sus hijos obviamente no lo va a hacer por la gata, que ya tiene ocho meses y como estaba en celo se mostraba más cariñosa y nerviosa de lo normal y no paraba de frotarse con nosotros y con objetos de la casa, y para llamar a los machos no dejaba de maullar y no nos dejaba dormir, se revolcaba por el suelo para llamar la atención y arqueaba la columna, así que el jueves me tocó a mí ir al veterinario a que la esterilizaran, después de la operación he tenido que ocuparme también de darle el antibiótico y de limpiar donde orina para que no se le infecte la herida y, para colmo, se han aliado los niños y mi marido para que adoptemos un perro, ¡lo tienen claro!, seguramente al principio se ocuparían ellos, pero al final acabaría siendo yo la que tuviese que sacarlo a pasear, ¡no me da la vida para tantas cosas que tengo que hacer!, no estaría de más que conociese al pediatra y al veterinario, sobre todo al primero, que durante muchos años va a ser como uno más de la familia, y es que con tanto trajín a la hora de meterme en la cama caigo rendida, porque la actividad no cesa hasta que me sumerjo bajo las sábanas, pues aprovecho que hago la cena para preparar también la comida de mañana, y aunque tengo más imaginación que él, le pido, por favor, que acueste a los niños y que les cuente un cuento, que si lo hago yo me duermo antes que ellos, pienso que solo a la hora de dormir mi marido y yo nos igualamos, es el momento en que ambos no hacemos nada, en cuanto nos despertamos comienza a correr el reloj de la desigualdad y solo se para hasta que volvemos a meternos en la cama y no es

justo, como tampoco lo es que una hija tenga la misión exclusiva de cuidar a los padres, como si los hijos estuviesen impedidos, y es que lo que me hace mi marido con mis hijos me lo hace mi hermano con mi madre, que soy yo la única que tiene que estar pendiente de sus citas médicas o de pasar por su piso a limpiar, seguro que a la hora de heredar no se hará el remolón, y lo peor es que toda esta actividad adjudicada por decreto está haciendo mella en mi salud, al cansancio se une el agobio y el estrés, no doy abasto, me dan ganas de sacar un billete a ninguna parte, dejar el móvil encima de la mesa al marchar para que nadie me localice y que cada uno se apañe,irme a vagar por el mundo y a dedicarme a la vida contemplativa, observar el vuelo armonioso de los pájaros que parten a tierras cálidas cuando comienzan los días de frío y barruntan el invierno, a lo mejor se valoría más mi trabajo, que en su día no hubo dilema a la hora de solicitar una reducción de jornada por cuidado de hijo, que tuve que hacerlo yo, y por partida doble, no se frustrase su carrera profesional, nadie pensó en la mía, que no hay manera de ascender si eres la que soporta las cargas familiares, es desesperante esta desigualdad en el uso del tiempo, ¿cuánto hace que no leo un libro, que no oigo un disco solo por el placer de escucharlo?, que lo único que suena en casa es una fútil banda sonora de fondo en una mañana de sábado de limpieza general, ¿cuándo fue la última vez que bailé?, ¡con lo que me gustaba a mí bailar!, ¡que hasta gané un concurso de adolescente!, todavía conservó una foto que me hicieron, con mi falda vaquera y mi camisa de rayas, con mi pelo liso y corto con la raya en medio, y de ir al cine no quiero ni hablar, la última vez que fui me dormí al principio de la película, ¿y todo esto se perderá como lágrimas en la lluvia como decía el replicante de Blade Runner?, de todas las aficiones solo conservo mis ejercicios pero echo tanto de menos el gimnasio, ¡en qué mala hora me borré!, reconozco que era un poco estresante, porque antes de ir tenía que recoger a los niños del colegio, prepararles la merienda y ayudarles con los deberes,

luego ya se quedaba su padre con ellos y yo salía pitando, iba de culo pero no tiene comparación hacer ejercicio sola en casa que acudir con una amiga al gimnasio, que a veces no nos apetecía hacer mantenimiento y aprovechábamos alguna tarde primaveral para tomarnos un café o un refresco en alguna terraza y hablábamos de nuestras cosas y echábamos mano de esa risa terapéutica que nos servía para desahogarnos y nos animaba a seguir en la lucha cotidiana y desconectar de la monotonía diaria, y lo bien que lo pasábamos en las clases, tan divertidas, con monitoras jóvenes lidiando con mujeres de diversas edades, con esa paciencia y alegría propias de la juventud, que hasta organizábamos alguna cena antes de las vacaciones, cuando la operación bikini había llegado a su fin, luego mi marido pensó que comprar una elíptica iba a ser una buena idea, que íbamos a ahorrar tiempo y dinero, que ya no tendría que prepararme la bolsa con la ropa deportiva ni desplazarme en coche y buscar aparcamiento para ir al gimnasio, ni pagar las mensualidades, que tendría libertad a la hora de ponerme a hacer ejercicio, que después de bajar de la bici tendría mi propio baño para ducharme, y lo que pareció la madre de todas las ideas resultó ser un fiasco para mí, pues nunca he conseguido desconectar desde entonces, sobre la bici organizo mentalmente todas las tareas domésticas que tengo que realizar, como cambiar las sábanas al levantarme y poner una lavadora con las sucias a la vuelta del trabajo, muchas veces me interrumpen los niños y tengo que ocuparme de ellos, cuando los oigo pelearse trato de que su padre ponga paz, pero como tiene los cascos puestos con sus clases de inglés por mucho que grite no me oye, y entonces parece que estamos en un manicomio, pero lo peor es que he perdido el contacto con mi amiga, con toda la gente del gimnasio, tengo un déficit emocional que no consigo equilibrar, y es cuando me pongo a pensar que ya no tengo vida social, ésta se ha reducido a la mínima expresión, que he priorizado mis salidas, que ya no me apunto a las cenas de Navidad con la gente del trabajo ni quedo con las

madres del colegio, si acaso alguna escapada con las amigas de siempre, con las de verdad, porque ni tengo tiempo ni tengo ganas, y cuando nos vemos me dicen que me notan cansada y agobiada, que tengo mala cara, y que con lo que yo he sido se me está avinagrando el carácter, que mi boca ya no proyecta mi célebre risa como antes, esa que tanto contagiaba, que he perdido mi chispa, que ya no soy tan ocurrente y que me cuesta sonreír, que esbozo alguna mueca disfrazada de sonrisa, que más me valdría buscarme un amante a ver si se me iba esa cara de triste, que tampoco hace falta que me enamore, que lo más seguro es que sería contraproducente, que el amor siempre es un problema, que solo se trataría de darme un homenaje, y yo les replico que materialmente no tengo tiempo para nada, que tengo ocupado el día entre el trabajo y la casa, que la única opción posible sería enrollarme con algún compañero de la oficina y aprovechar el momento del almuerzo para, de prisa y corriendo, montarnos en un coche y buscar un descampado cercano o uno de esos polígonos que ha devorado la ciudad, ya vaciados de empresas, para echar un polvo rápido, pero que seguro que tendría tan mala suerte que terminaríamos siendo grabados por algún adolescente con su móvil y que acabaría publicando el vídeo en las redes, que, quizá, otra solución sería que ambos solicitásemos para el mismo día un permiso por asuntos propios, que hiciésemos acopio de comida y de una botella de vino o de cava, y que alquilásemos una habitación de cincuenta euros en esos discretos moteles de carretera de decoración paradisiaca, destinados para adúlteros, con aparcamiento propio para ocultar los coches y alejarlos de miradas curiosas, pero que como tengo tan mala suerte en mitad de una sesión de sexo salvaje sonaría mi teléfono, una llamada del colegio para informarme de que el pequeño tiene fiebre, y que sería recomendable que fuese a recogerlo y que lo llevase al médico, y con tales argumentos zanjo el asunto hasta la próxima cena, en que volverán a salir con el mismo tema a la hora de los gin-tonics, al menos nos echamos unas risas y

desconecto un poco y no me hago las preguntas que últimamente me hago y es que no sé en qué momento nos equivocamos las mujeres, ¿cómo pudimos ser tan torpes?, ¿cuándo picamos el anzuelo?, ¿cómo no nos dimos cuenta del fraude, de la gran estafa?, ¡con la alegría con la que salimos de casa a ponernos el mundo por montera, tan ilusionadas de incorporarnos al mercado laboral!, pensábamos que nuestra irrupción en el trabajo remunerado se iba a corresponder con una disminución de las tareas del hogar, y que los hombres iban a asumir esas faenas que nosotras liberábamos, ¡qué idealistas!, vimos los gigantes donde solo había molinos, teníamos la esperanza de que el reparto de las responsabilidades familiares sería equitativo, y pronto nos dimos cuenta de que no íbamos a dejar de ser las principales garantes del trabajo doméstico, todas nuestras expectativas fueron a parar al contenedor de los sueños rotos, ¿por qué las normas sociales se empeñan en atribuir los roles a las mujeres y a los hombres en la división de las ocupaciones de la casa?, ¿por qué nos asignan el papel del cuidado de los hijos y de las personas dependientes, por qué debemos dedicarnos al hogar?, nadie duda de que el tiempo de trabajo productivo domina la organización de la vida, vale que todo el mundo tenemos que trabajar, que producir, que hay que ganarse la vida, pero ese tiempo de trabajo condiciona el resto de tiempos, el del trabajo en el hogar y el del ocio, pero, ¿por qué somos nosotras las perjudicadas en la estructura familiar?, ¿por qué esa falta de corresponsabilidad por parte de ellos?, ¿por qué el estado de bienestar tiene a la familia como estandarte?, ¿y por qué tenemos que ser nosotras quienes llevemos todo el peso, por qué tenemos que ser el baluarte de esa *sagrada* institución, que decide que no haya una división de las tareas domésticas, sino que todas las labores deben recaer sobre la mujer, limitando su acceso al trabajo fuera del hogar?, ¿acaso no es el mismo cansancio el del hombre y el de la mujer cuando regresan a casa después de su jornada laboral?, ¿por qué unas tienen que seguir trabajando esta vez sin remuneración, a

beneficio de inventario, mientras los otros transitan de la silla al sofá, del sofá a la cama? ¿por qué?, por favor, ¿qué alguien me explique por qué?

—Cariño, estás muy pensativa, deja de fregar y prepara el café, que está a punto de empezar el Valencia, que ya han conectado desde Mestalla. Ya seguirás luego, tenías que haber puesto la paellera a remojo, como te digo siempre, que luego es más fácil limpiarla, y no te pegas la paliza de frotar y frotar con el estropajo, ¡qué te vas a dejar las uñas! Por cierto, hoy me ha salido la paella de categoría, ¿no crees?

—Quería comentarte lo que últimamente me viene rondando por la cabeza, siendo que el tiempo es un elemento clave en la organización de la vida de las personas, y un bien limitado y escaso, y como quiera que entre tú y yo hay un reparto desigual del mismo, vamos a tener que sentarnos a hacer una distribución justa y equitativa de tareas domésticas, pues tengo intención de volver a apuntarme a pilates y a zumba, a ver si me da un poco el aire y me despejo, que ya me he cansado de la elíptica y de pensar mientras qué hago mañana de comer. A ver si retomo mis relaciones sociales y salgo a cenar con las amigas de vez en cuando. No te lo tomes como algo personal, solo es una cuestión de tiempo: mi tiempo. Y sobre lo que me preguntabas, si quieres que te diga la verdad, el arroz estaba un poco pasado, demasiado *blandurrio* para mi gusto. Sinceramente, siempre he tenido mejor mano que tú para las paellas, creo que debería hacerlas yo y fregar tú, ya sabes, si pones la paellera a remojo te será más fácil y así no te dejaras las uñas con el estropajo. Y, por favor, pon tú la cafetera, que a mí también me gusta el fútbol.